en el campo social la miseria física terreno adecuado para la germinación de la miseria moral, cuya semilla es aquélla. De estas crisis y de estas miserias nacieron las huelgas, se crearon sociedades de resistencia y apareció en escena esa generación horrible de anarquistas.

Sí; esa miseria física, cuyo origen es la baja del salario, la falta de trabajo, la carencia de recursos, el hambre, hizo, en fin, qne se empobreciese el proletario también moralmente, y en medio de las torturas de sus sufrimientos, renegando de su pobreza, soñó un día en las predicaciones del club con que su dolor y sibaritismo le cerraba los ojos ante todo lo existente, y le empujaba á la vacilación y á la duda, al escepticismo furioso; perdida la fe, sin brújula, y sin conciencia, quiso destruir la diferencia de clases entablando guerra cosmopolita á las oligarquías del capital, conjurándose contra la religión y la ciencia, contra la propiedad y el derecho, contra el individuo y la sociedad; guerra espantosa, que ha conducido á crímenes horrendos; guerra porfiada, cuyo solo iris de paz, será el hálito pacificador de la Iglesia, porque con su popularidad universal, por la solidez de sus principios, por la elevación de sus ideas, por su supremacía innegable y como única depositaria de la verdad y de lo inmutable, sabrá, con su espíritu de caridad sin límites, curar esa llaga que corroe al cuerpo social; ella disipará las nebulosas que han aparecido en el crepúsculo de este siglo, y con su sapientísima doctrina, igual para el pobre que para el rico, será, como ha sido siempre, el árbitro pacificador entre la desigualdad, que concluya con toda diferencia, que apague los hervores de guerra desesperada que bullen en el reverbero del proletariado contra todo lo existente; y con el bálsamo consolador de sus enseñanzas, solucionará, en fin, esos pavorosos problemas sociales y económicos, síntesis del estado actual de nuestras clases, que está caracterizando las postrimerías, la última década del siglo décimonono.

Y volverá el antiguo régimen; el bimetalismo se impondrá de nuevo, y las cosas seguirán aquel curso tranquilo que las daba la ley del germinal año XI.

Y decimos que volverá el bimetalismo, enteramente persuadidos de que va imponiéndose de nuevo por la experiencia de los hechos y la fuerza de las cosas. Y volverá el bimetalismo, traido por sus mismos detractores, para librarse de las sensibles pérdidas que han experimentado desde la creación del étalon único.

Ahí está Inglaterra, cuya nación marchaba á la cabeza del étalon oro. Ya va tomando allí incremento el bimetalismo, dentro de cuya escuela se cuentan prosélitos tan distinguidos como Balfour, Goschen, Gibbs, Grenfell y otros, que, con las cámaras de comercio principalmente de Liverpool, Manchester y otras, y con infinidad de ligas y sociedades bimetalistas, han logrado ejercer su influencia en la opinión y en el Parlamento, hasta el punto de que la proposición bimetálica, llevada ante la representación del país en 1890, fué apoyada por Balfour y Goschen, ministros, y además canciller del Echiquier el segundo, y si fué desechada en la cámara de los Comunes por 96 votos, adquirió un verdadero triunfo en 1893, porque se desechó solamente por 42, lo que patentiza los progresos del bimetalismo en ese país; cierto es, que, ya en 1878 la comisión informadora de la plata compuesta de 12 indivíduos, aunque solo seis eran partidarios del doble étalon, sin embargo, todos estaban unánimes en asegurar que la decadencia universal, el malestar de las clases, la disminución del tráfico, la perturbación del comercio, la paralización de la industria, y en fin, que la crisis tan profunda y tan persistente que se sentía, era exclusivamente debida á la depreciación del metal blanco, y así manifestaban «que las oscilaciones entre el valor del oro y de la plata, arrancan del día en que la Unión latina resolvió en 1873 suspender la acuñación del metal blanco, cuya medida alteró la relación establecida de 1 á 15 y medio».

Esta opinión hizo que en el seno de la comision patrocinaran la vuelta al bimetalismo, seis hombres tan eminentes como Sir Luis Mallet, Barbour, Samuel Montaigne, Houldsworth, Chaplin y Balfour.

Más de 1700 industriales de Lancashire decían una vez al gobierno inglés: «Interesan demasiado á nuestros negocios las variaciones del cambio con las naciones á plata, y temeríamos otra desmonetización de este metal, porque nos estrecharía más temerariamente los límites y bases del crédito internacional.»

La Cámara de Comercio de Liverpool, decía también en otra ocasión al gobierno: «la crisis fabril y del comercio tienen su origen en el descrédito de la plata.» Y es un hecho innegable.

Desde que se hubo realizado el acto de suprimir la acuñación de la plata, el desnivel de cambios entre Inglaterra y sus colonias, á base única de este metal, ha ido progresando, y ese mismo desnivel ha resultado no solamente un notorio perjuicio para el Te-

soro, sino también para el comercio, y principalmente para la industria de la metrópoli, que ha perdido un mercado de más de 100 millones de habitantes.

La elevación del cambio sobre la metrópoli viene á representar en definiva una prima á la exportacion de las colonias, puesto que se reponen en oro ó con su beneficio, y un recargo á la importación.

Esto, pues, vino á favorecer la creación de manufacturas de algodón, principalmente, y de otros productos en la India, con notorio perjuicio de la industria de Inglaterra, cuya exportación ha disminuído notablemente, tanto cuanto mayor ha sido la elevación del cambio, y cuanto menos vale la rupia. Motivo suficiente que explica el clamoreo de las Cámaras de Comercio, de infinidad de sociedades y ligas bimetalistas, de poblaciones tan fabriles como Escocia, Manchester, Liverpool y Lancashire, que piden con insistencia la restauración de la plata; y aún en el centro mismo, en el foco de los negocios financieros, en Londres, los partidarios de la libre acuñación hacen iguales votos, y ven engrosar sus filas con hombres de valía, ardientes partidarios del bimetalismo, cuya bandera han venido capitaneando dos antiguos gobernadores del Banco, Gibbs y Grenfell.

Alemania también ha seguido moviéndose en igual sentido en contra del monometalismo, cuya práctica había costado á la nación hasta 1885, más de 260 millones.

Los concienzudos trabajos del Dr. Frege, Karrdof, Rosscher, Price Smith, Michaelis, Rau, Vagner, Schäffie, Otto y Neuwirth, partidarios también del empleo de los dos metales, y la experiencia de los hechos, dieron simpático motivo para que se formaran ligas bimetalistas y pidieran al Reichstag en unión de numeroso contingento de sociedades agrícolas, el uso simultáneo del oro y de la plata.

Y para concluir, diremos en general, puesto que no podemos seguir particularizando cada Estado, ya que los estrechos límites de un prólogo no nos lo permiten, que Bélgica ha trabajado también mucho para la restauración del antiguo bimetalismo, cuyo sistema cuenta con defensores acérrimos. MM. Allard y de Laveleye, figuran como campeones, como ilustres defensores del sistema bimetálico. Mr. Allard con sus múltiples trabajos, con sus obras, como Representante de su país en célebres Conferencias Internacionales, en todas partes ha defendido con calor el bimetalismo, en todos sitios ha sido considerado como una gloria de su patria.

En fin, de todas partes se levanta un clamoreo general que desea, que pide, que anhela la vuelta al antiguo régimen, al frente de cuyos peticionarios figuran tan esclarecidos talentos, en materias económicas, como Cernuschi y Lelarde en Francia, Boissevain en Holanda, Dana Horton, entre muchos, en los Estados Unidos, Pierson en los Paises Bajos, el Conde Rusconi y Luzzatti en Italia.

Y en España.... Pero ¿qué dirémos de nuestra nación con la poco amplitud que permite el objeto propuesto? Por otra parte, tampoco es nuestro propósito hacer ahora una historia detallada de nuestra crisis económica, materia muy suficiente para hacer un nuevo libro.

En nuestro deseo de concretar todo lo posible, diremos que aqui también, también tocamos los efectos de los problemas económicos, que tenemos una crisis formidable, que esperamos la restauración del metal envilecido, que envueltos entre negros nubarrones que echaron hacia acá los huracanes del exterior, se cierne sobre nosotros la tempestad del descrédito y la fuerza de la excomunión que nos lanzara la raza judía: que siguiendo la enseñanza de Laveleye, y estando con el extranjero en una situación aprovechable, parecida á la de la India con respecto á Inglaterra, por lo que se refiere al poder adquisitivo de nuestro dinero y á nuestra producción manufacturera, debimos optar mejor que por la elevación del descuento, puesto que en último término es solo el capital nacional quien sufre los quebrantos, por la subida de nuestros aranceles, única protección que es dable y provechosa para nuestra industria; pero hoy por hoy, podemos decir, con sentimiento grande, que no sucederá así. En vías de concertar nuevos tratados de comercio, España entera se levanta unida en apretada haz contra un solo hombre, que por sí solo, sin más conocimiento ni autoridad que su torpe escuela, ya mera inocencia de escolares, quiere sobreponerse y atropellar á las justas quejas de este país, por demás apático, sufrido y resignado para todo lo que no sea política. Y es que tenemos la desgracia inmensa de que aquí bulle siempre solo el atrevido, y haga la más cruel de todas las políticas, la política inepta, ignorante, vergonzosa y ambiciosa que caracteriza á nuestros hombres de Estado, conocedores de las formas literarias, pero completamente exhaustos de las fórmulas aritmé-

ticas; charlatanes de oficio, hueros de imaginación, superficies sin fondo.

Y seguiremos siempre descabelladamente gobernados. mientras continúe ese charlatanismo dominando en nuestra patria, ese charlatanismo que impera por la fuerza de la involucración de la palabra y de una erudición mentida, insustancial é innecesaria. Llaga social, plaga odiosa, que solo puede curar, que solo puede destruir la acción del hombre quieto, pensador y práctico, de más números que letras, de más cálculos numéricos que formas retóricas.

Queremos también aquí la vuelta del antiguo régimen, medida salvadora y eficaz que concluirá con ese desquiciamiento general, con la crisis económica monetaria y social que ha tomado ya carta de naturaleza entre nosotros.

Y queremos la vuelta al bimetalismo, porque, dejando aparte altas consideraciones de escuela, hemos visto confirmadas en la práctica aquellas sentencias que Emilio de Laveleye daba hace más de quince años en su libro «El étalon del oro y el libre cambio,» sentencias que hacen la historia de la cuestión monetaria, y dan una enseñanza perfecta y conocimiento completo de su importancia y trascendencia.

Decía Laveleye antes de 1881 al Cobden Club de Inglaterra:

«No vacilo en asegurar que la política monetaria de vuestra nación pone en peligro tres grandes intereses de la humanidad; la paz, la libertad de las transacciones y la concordia entre los pueblos.

»Todos vosotros habéis sido educados como yo en los principios económicos de la escuela deductiva. Los maestros de nuestra ciencia en Alemania y en Italia, y recientemente M. P. Leroy Beaulieu en Francia, y en Inglaterra, entre tantos otros, Cliffe, Leslic é Ingran, han demostrado que las fórmulas abstractas é incompletas, engendran errores y causan muchos males. En ninguna cuestión han sido tan funestas como en la cuestión monetaria estas ideas abstractas; ellas han traído la lucha en vez de la paz, y el antagonismo en vez de la armonía de los intereses.

»La naturaleza ha dotado á dos metales, el oro y la plata, de todas las cualidades propias para ser el instrumento de los cambios. En todos los tratados de economía política el capítulo de la moneda empieza por esta demostracióe. En razón de este hecho natural, la humanidad ha empleado siempre, bajo el mismo pie, el oro y la plata.

»La escuela deductiva, no Adam Smith, se ha rebelado contra la naturaleza y contra la historia, viniendo á decir: no se necesita para la circulación más que un metal; guardad el oro y proscribid la plata.

»En tanto que Inglaterra ha sido sola, este atentado á las tradiciones históricas y á las condiciones naturales, no ha producido sino perturbaciones pasajeras; pero en cuanto se ha querido generalizar el sistema, sus funestos efectos se han hecho sentir bajo la forma de males económicos que tenemos ante la vista; la historia y la naturaleza han vengado sus derechos desconocidos.

«Nuestro eminente colega M. Goschen ha dicho: *Querer generalizar el empleo exclusixo del oro, es una utopia perniciosa.*

»Yo os pregunto: un sistema monetario que sea solo el privilegio egoísta de Inglaterra, ¿puede ser verdadero y conforme á las leyes naturales?

»Expulsar la plata y no tener sino el oro como moneda en el momento en que éste escasea y la circulación monetaria se restablece en unas partes y se aumenta en otras, es trabajar por la baja de los precios.

»La baja de los precios, que no proviene de la abundancia de los productos, sino de la escasez del numerario, es la crisis lenta, insidiosa y contínua.

»La baja lenta y contínua, quiere decir que el arrendatario no puede pagar el arrendamiento de las tierras.

»Es la reducción del producto de éstas, cuyo cultivo se abandona, convirtiéndolas en páramos, como yo las he visto en Inglaterra.

»Es el comerciante obligado á vender por menos precio de lo que ha comprado.

»Es el fabricante en la precisión de realizar el producto manufacturado, más barato que el de las primeras materias.

»Es la depresión ó estancamiento de los negocios, y, como consecuencia, la baja de los salarios.

»Es el numerario acumulado inerte en los Bancos, y, como consecuencia, la baja del interés.

»Es, en fin, bajo el punto de vista social, la hostilidad de las clases; los colonos, casi arruinados, contra los propietarios; los obreros, menos retribuídos, contra los maestros.

»Cuando los precios bajan de una manera continua y general, el industrial y el agricultor lo atribuyen á la competencia

extranjera: la influencia misteriosa de la contracción monetaria no llega hasta ellos; esto se vió en el periodo de depresión de 1815 á 1830, como en la crisis de 1873 á 1879.»

Convencidos de aseveraciones tan ciertas que caracterizan al estado actual y que son su síntesis, nosotros anhelamos la restauración de la plata, el predominio antiguo del bimetalismo con aquella relación fija de valor de 1 á 15 y medio. Medida eficaz y segura, que traería á nuestra patria y al mundo entero mejores días, días de ventura, de quietud y bienestar. Desaparecerían de ese modo las hondas perturbaciones morales y materiales de nuestros tiempos, que todo lo aniquilan y destruyen.

Para terminar, debemos hacer alguna indicación sobre el texto que traducimos al idioma patrio.

Hemos dicho al principio que esta obra es una monografía de la cuestión monetaria.

Esta monografía que nosotros hemos intentado completar de algún modo en este prólogo, fué escrita ya hace tiempo; sin embargo, esta circunstancia no la envejece, como no ha envejecido nunca el tiempo á los grandes libros, á las grandes obras.

El autor la escribió en dos partes; llama á la segunda Prolegómenos, y es un complemento de la primera, porque fué escrita con posterioridad á aquélla.

En todo el texto encontrará el lector materia abundante, nutrida de datos y enseñanzas, que le proporcionará altas consecuencias provechosas.

Antonio Gutiérrez de Cossío

1894.

MONOGRAFÍA

DE LA CUESTIÓN MONETARIA

«No se mira á la oposición si puede ser justa, si no que se tiende á destruirla recta ó torcidamente; en lugar de abrirla los brazos, la echamos las uñas.»

«Util sería tener un testimonio material de nuestras pérdidas á fin de persuadirnos de la quiebra, y que el último de la casa llegara á decirnos—*el año pasado os costó veinte veces cien escudos por haber sido ignorante y porfiado.*»

«Acaricio y mimo la verdad en cualquier mano en que la encuentre.»

(MONTAIGNE. Liv. III, Ch. VIII.)